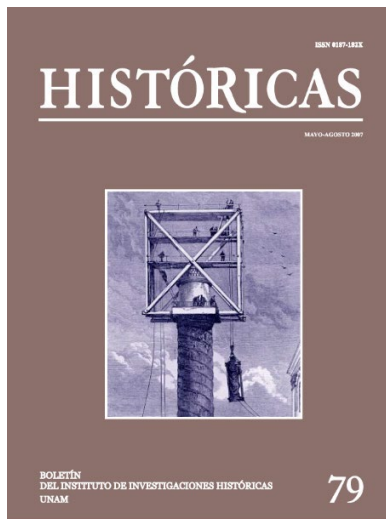




Artículo: Edmundo O'Gorman (1906-1995) y Giambatista Vico (1668-1744)

Autor(es): Hernández López, Conrado

Revista: Históricas. Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM

Número: 79

Año: 2007

ISSN edición impresa: 0187-182X

ISSN de pdf: [en trámite]

Forma sugerida de citar: Hernández López, Conrado. "Edmundo O'Gorman (1906-1995) y Giambatista Vico (1668-1744)" Históricas. Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM, 79 (2007): p. 9-18. Edición digital en PDF, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 2018, Disponible en Repositorio Institucional Históricas UNAM <http://hdl.handle.net/20.500.12525/3589>

D.R. © 2018. Los derechos patrimoniales pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Coyoacán, C.P. 04510, Ciudad de México

Entidad editora: Instituto de Investigaciones Históricas. Universidad Nacional Autónoma de México

Correo electrónico: departamento.editorial@historicas.unam.mx

"Excepto donde se indique lo contrario, esta obra está bajo una licencia Creative Commons (Atribución-No comercial-Compartir igual 4.0 Internacional, CC BY-NC-SA Internacional, <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/legalcode.es>)"



Para usos con otros fines se requiere autorización expresa de la institución: departamento.editorial@historicas.unam.mx

Con la licencia CC-BY-NC-SA usted es libre de:

- **Compartir:** copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.
- **Adaptar:** remezclar, transformar y construir a partir del material.

Bajo los siguientes términos:

- **Atribución:** debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
 - **No comercial:** usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
 - **Compartir igual:** si remezcla, transforma o crea a partir del material, debe distribuir su contribución bajo la misma licencia del original.
-



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS



REPOSITORIO
INSTITUCIONAL
HISTÓRICAS
UNAM

[...] la unidad y la conciencia de identidad de un grupo humano no pueden jamás fundarse en el pasado en cuanto tal, sino en una visión de éste que lo proyecte hacia el porvenir con un programa que dé razón y llene de sentido a la terrible exigencia de seguir viviendo.

E. O’GORMAN, “El Estado y la verdad histórica”

La obra de Edmundo O’Gorman es una de las más interesantes y originales de México en el siglo XX. En este caso la originalidad se refiere a su esfuerzo personal por buscar la coherencia entre su idea de la historia y la práctica de su oficio, y a su capacidad para percibir el nexo entre la actividad intelectual y las circunstancias vitales en cada momento histórico. En su concepción particular, el conocimiento del pasado, como una “función de la vida”, debe ser significativo y no sólo descriptivo, porque la vida se desenvuelve en plantear e imaginar, o en inventar, respuestas significativas para preguntas fundamentales. La verdad histórica es un instrumento para satisfacer la necesidad de explicarnos a nosotros mismos y, por consiguiente, de explicar a nuestro mundo. Concebir la historia como un proceso de la libertad, el proceso de las mutaciones del “querer ser” del hombre, supone comprenderlo en las condiciones y las posibilidades reales de su existencia (concediendo el peso a sus decisiones y acciones), así como develar la íntima conexión de su pensamiento con los acontecimientos que le imprimen el carácter específico a una época. Poner el pasado como proceso significativo al servicio del presente supone que en éste el conocimiento del pasado cobra el sentido de autorreflexión. Al cumplir la función social de recibir y de reorientar la memoria histórica, el historiador asume la doble responsabilidad “frente” a los otros (o sus contemporáneos) y “por” los otros (sus antepasados).

Aunque las corrientes de pensamiento de su tiempo dejaron honda huella en sus libros y ensayos, para O’Gorman, la reflexión filosófica se constituyó en un arma o un instrumento cuya necesidad y eficacia surgieron de la lectura de las diversas interpretaciones de los procesos históricos y de meditaciones acerca de su naturaleza y sentido. Esto le permitió examinar “los orígenes, los prejuicios y los procesos” de las verdades recibidas de la tradición. Al principio, O’Gorman se entusiasmó con el historicismo (en la vía de Ortega y Gasset) como una corriente innovadora, pero una década después mantuvo una postura más escéptica (la cual, decía, le impedía convertir en dogmas sus propias ideas). Al final prefería adscribirse en una tradición o un linaje: la “estirpe” de historiadores para quienes:

la verdad del pasado no se halla en el suceso mismo, menos aún en el documento, sino en la visión *eidética* de quien contempla, con los ojos del espíritu, el gran espectáculo del vivir humano para discernir, por debajo de su agobiante y caótica multiplicidad, un proceso unitario encaminado hacia la plenaria realización del hombre.¹

No le interesó la historia comprobada, sino la historia comprendida, no la constatación rigurosa de hechos sino su articulación en la dinámica global del pensamiento. Pero no tuvo necesidad de renunciar al método derivado del historicismo ni a los supuestos teóricos asumidos en su obra posterior: si la historicidad humana se traduce en capacidad de engendrar historia, el historiador debe mostrar la manera en que el hombre del pasado desarrolló esta capacidad como ejercicio autónomo, cuáles fueron las condiciones de su libre ejercicio y cuáles las posibilidades reales de su existir efectivo.

En este sentido, O’Gorman enmarcó su postura sobre el conocimiento histórico en una tradición de la que forma parte otro pensador paradigmático de Occidente: Giambattista Vico, el historiador y filósofo napolitano asociado con diversas formas de concebir la historia por otras generaciones de filósofos e historiadores.

Vico desde el historicismo

Hay que señalar que las referencias de O’Gorman a Vico son prácticamente inexistentes en sus primeros escritos. Es difícil saber cuándo lo leyó por primera vez. Cuando lo hizo, al parecer, no le impresionó demasiado, a pesar de la buena recepción que el historiador napolitano tuvo en los pequeños círculos académicos de aquellos años. En el inicio de un auge institucional y editorial sin precedente se multiplicaban libros y traducciones en campos cada vez más diversificados. Así Vico fue considerado un “filósofo de la historia” y, por eso, encontró un lugar inicial en los estudios filosóficos, donde Croce y Meineke —recién editados— lo consideraron precursor del historicismo moderno.² Por eso, aunque no hay un texto de O’Gorman dedicado expresamente a Vico, éste está presente en enfoques y reflexiones sobre el conocimiento histórico de acuerdo con el clima espiritual de la época. En 1941, El Colegio de México publicó la primera versión de la *Ciencia nueva*, traducida por José Carner.

¹ Edmundo O’Gorman, “Introducción”, en Tucídides, *La historia de la guerra del Peloponeso*, México, Porrúa, 1975 (“Sepan cuantos...”, 290), p. LIX.

² El mismo Croce confirma esta idea al escribir sobre Meineke: “el historicismo no presenta en el siglo XVIII más que un precursor propio y verdadero, Juan Bautista Vico”, pues “en el pensamiento de Vico se halla de modo más claro la consciente oposición a la Ilustración”. Benedetto Croce, *La historia como hazaña de la libertad*, tr. de Enrique Díez-Canedo, México, Fondo de Cultura Económica, 1942 (Colección Historia), p. 65-66.

La obra fue comentada por prestigiados académicos como Joaquim Xirau (*Filosofía y Letras*), Eugenio Ímaz (*Letras de México*) y Leopoldo Zea (*Cuadernos Americanos*), quienes partían del problema de ubicar a un pensador casi olvidado en la tradición intelectual de Occidente. Para Zea, Vico inició una nueva etapa en la historia de la filosofía y fue el primero en proponer una “ciencia de la historia”.³ Pero la *Ciencia nueva* no motivó ningún comentario particular de O’Gorman, entonces asistente asiduo a los seminarios de José Gaos. Sin embargo, años después, la presencia de Vico se hizo patente al enfocar los procesos del pensamiento y los cambios culturales en un periodo amplio o de larga duración. En *La idea del descubrimiento de América* (1951) O’Gorman se refirió al error, frecuente entre los historiadores, “contra cuyo peligro ya amonestaba Vico”, que consiste en “pensar que basta el registro bibliográfico de la aparición de una idea importante para probar que, al otro día, se ha apoderado del clima cultural en todas las capas sociales”.⁴ El prejuicio aparece en la exposición sobre Vico en *Idea de la historia* de Collingwood, obra que O’Gorman tradujo (con Jorge Hernández Campos) en 1952 para el Fondo de Cultura Económica.

En 1976, O’Gorman afirmó que la “verdad personal” de cada historiador es la que éste percibe como significado “detrás” de los hechos y no “en” los hechos, pues éstos no contienen una verdad dada y permanecen abiertos a distintas interpretaciones. El historiador puede ofrecer su “visión personal” de un proceso, pero carece de alternativa en el caso de que otros se nieguen a participar de ella, como ocurrió en su tiempo con la “penetrante y poderosa visión de Juan Bautista Vico”.⁵

Independientemente de la difusión que pudo haber alcanzado, el interés académico por el historicismo no llegó más allá de los sesenta. Con todo, las academias y las publicaciones, nacionales y extranjeras, proporcionaron un espacio para que en los siguientes años la obra de Vico volviera a ser considerada precursora de nuevas perspectivas en el estudio de la historia y las ciencias sociales. En particular, se destacan sus aportes para el conocimiento de la facultad imaginativa y sus elaboraciones, las formas de la espiritualidad, como elementos fundamentales para comprender la naturaleza humana y la razón misma. En esta reivindicación no está vigente el supuesto de una teoría viquiana sistemática y coherente del devenir histórico, lo cual favorece la abundancia de las aproximaciones a diversos aspectos del ideario de Vico (derecho, literatura, lenguaje, mitos, ritos, estructuras mentales, etcétera). Por su parte, O’Gorman ha sido asociado con el constructivismo posmoderno y su obra se consolida

³ Leopoldo Zea, “Una aventura en la metahistoria”, *Cuadernos Americanos*, año I, v. 2, marzo-abril de 1942, p. 118.

⁴ Edmundo O’Gorman, *La idea del descubrimiento de América. Historia de esa interpretación y crítica de sus fundamentos*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1976, p. 39.

⁵ Edmundo O’Gorman, “La historia: Apocalipsis y evangelio (Meditaciones sobre la tarea y responsabilidad del historiador)”, *Diálogos*, México, v. 12, n. 4 (70), julio-agosto de 1976, p. 10.

como punto de referencia en diversos temas y perspectivas históricas.⁶ Aunque la suya no es la única manera de concebir la finalidad del saber histórico, es partícipe de una tradición que, desde Tucídides, se ha desarrollado como una rama frondosa de la historiografía occidental.⁷

En la tradición de Vico

Al lado de las interpretaciones científicas, O'Gorman enfiló su crítica contra las prácticas que “banalizan, oscurecen y legitiman” el pasado: las que ocultan fines políticos y pragmáticos en “una convención tan sólo válida para el conocimiento de las realidades físicas y naturales”.⁸ Si en el siglo XIX se adoptaron supuestos de las ciencias naturales en el estudio de la historia, en el XX se asumieron las categorías y los principios de las ciencias sociales. Aunque el cambio trajo “nuevos, especiales y más sofisticados medios de investigación”, no alteró el supuesto básico de que la historia constituye una realidad susceptible de ser conocida científicamente. La naturaleza instrumental del conocimiento científico-técnico unida a la finalidad pragmática tradicional de la historiografía llevaron a la “devoradora pasión por los hechos” y la creciente tendencia a sumergir la naturaleza *sui generis* del conocimiento histórico en las abstracciones letales del monstruo de muchas cabezas “que se conoce con el nombre de las *ciencias sociales*”.⁹ Por eso muchas prácticas limitan el aspecto significativo del pasado a la extracción de lecciones morales, la justificación de opciones políticas o el mero afán de dar a conocer hechos inéditos, o de “investigar por investigar”. Ni siquiera se presta atención al dato elemental de que el conocimiento histórico es parcial porque se basa en las preferencias personales y circunstanciales del historiador. Además, “a diferencia del botánico y del antropólogo para quienes, respectivamente, el número de hojas de un árbol dado o el nombre específico de un dios tribal son hechos que se pueden dejar a un lado, los pensamientos, decisiones y actos individuales y demás particularidades personales son de la mayor importancia para el historiador”.¹⁰

Para Vico, el verdadero conocimiento busca explicar por qué las cosas son como son y no solamente lo que son.¹¹ Si se busca entender a los hombres las

⁶ Walter Mignolo afirmó que *La invención de América* adelantó en casi veinte años a las posiciones apoyadas en una “epistemología constructivista” (ejemplificada “en una serie de libros recientes que llevan títulos tales como *La invención de la tradición*, *La invención de la cultura*, *Comunidades imaginarias*, etcétera”). Mignolo, “La colonización del imaginario”, en B. Berenson y M. Flores (eds.), *A dos tintas. Antropología en debate. In tllili in tlapalli*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1993.

⁷ Edmundo O'Gorman, “El Estado y la verdad histórica”, *Diálogos*, México, v. XVI, n. 1 (91), enero-febrero de 1980, p. 22.

⁸ Edmundo O'Gorman, *Crisis y porvenir de la ciencia histórica*, México, Imprenta Universitaria, 1947, p. 51.

⁹ Edmundo O'Gorman, “La historia: Apocalipsis y evangelio”, *op. cit.*, p. 5.

¹⁰ *Ibidem*, p. 9.

¹¹ Ramin Jahanbegloo, *Conversations with Isaiah Berlin*, London, Phoenix Press, 2000, p. 80.

obras de éstos no pueden sernos absolutamente ininteligibles a diferencia de la impenetrable naturaleza no-humana.¹² Sin embargo, el conocimiento histórico es cambiante y plegadizo a las circunstancias. Las preguntas y respuestas difieren en los hombres del pasado lo mismo que sus aspiraciones, lenguaje, mitos y símbolos. Podemos comprender las relaciones ocultas y las vivencias distintas porque existe una naturaleza humana común que hace posible que los hombres de una cultura entiendan las leyes, el arte o la literatura de otra, y qué motivó los distintos actos, los pensamientos, las actitudes y las creencias, explícitas e implícitas, en el pasado humano. Como las experiencias humanas son perceptibles en la historia, “el reto del historiador —dice O’Gorman en un aforismo— es hacer inteligibles con la imaginación las zonas irracionales del pasado”.¹³

O’Gorman rechazó las perspectivas que postulaban hechos del pasado como “realidades en sí” y equiparaban la explicación científica con la estructura y posibilidad de toda verdad acerca de esa realidad. Aunque no es posible evadirse de la percepción, la imaginación y la lógica que este universo nos ha impuesto, ni el llamado universo empíricamente accesible, ni los instrumentos que se emplean para describirlo se explican a sí mismos. Son respuestas del hombre a la necesidad de comprender y otorgar un sentido a su mundo. Apelar a *la razón* como el árbitro último de la validez tiene implicaciones positivas (a medida que postula a la lógica como frontera infranqueable, más allá de la cual no es posible la comunicación) y negativas (al definirse a sí misma mediante criterios extraídos del *corpus* existente de la ciencia y, en consecuencia, no tienen más validación que la eficiencia de esta última). Vico había argumentado que las verdades de la ciencia y la matemática son de origen intuitivo pero se vuelven racionalmente demostrables porque son construcciones nuestras.¹⁴ Para O’Gorman la verdad histórica depende de la intuición y consiste en una *revelación* similar a la del físico “cuando percibe el oculto vínculo entre dos fenómenos en apariencia desligados”, pero distinta en

¹² Giambattista Vico afirmó que el hombre sólo podía conocer “lo que él mismo ha hecho”. Como obra de Dios, la naturaleza sólo podía ser conocida por éste. La historia humana, en cambio, es obra del hombre y lo único de lo que se puede lograr conocimiento. Véase “Introducción” de Rais Busom en Vico. *Antología*, Barcelona, Península, 1989, p. 23-25; y, sobre la función de la *imaginación* en el conocimiento del pasado, Isaiah Berlin, *Contra la corriente*, tr. de Hero Rodríguez Toro, México, Fondo de Cultura Económica, 1983, p. 178-187 y 188-198.

¹³ Edmundo O’Gorman, *Aforismos*, prólogo de Gonzalo Celorio, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Coordinación de Difusión Cultural, 1992, p. 92.

¹⁴ “Perciò codeste cose che in fisica se presentano per vere in forza del metodo geometrico, non sono che verisimili, e dalla geometria ricevono il metodo, non la dimostrazione: dimostriamo le cose geometriche perche le facciamo; se potessimo dimostrare le cose fisiche noi le faremmo.” Vico citado por G. Cacciatore, “Ortega e Vico”, *Bollettino del Centro di Studi Vichiani*, Nápoles, año XXIV-XXV, 1994-1995, p. 244. Las matemáticas, para Vico, no constituían un sistema de “leyes” que gobiernan la realidad, sino un *sistema de reglas*, útil para generalizar, analizar y predecir el comportamiento de las cosas en el espacio. Sin embargo, fue una especie de “autonegación” aplicar las reglas y las leyes de las ciencias naturales al mundo de la mente, la voluntad y el sentimiento. Aunque conocemos las cosas a través de la conciencia de ellas, Vico no otorgó importancia al solipsismo: “da por hecho que sin comunicación no habría lenguaje ni sociedad”. Isaiah Berlin, *op. cit.*, p. 147.

cuanto a que se basa en un criterio cualitativo más que cuantitativo, y el resultado tiene un carácter más privado y personal.¹⁵

El papel fundamental de la imaginación constituye un punto de contacto de las perspectivas de O'Gorman y de Vico sobre la historia del hombre y la sociedad humana. Vico concibió a la *fantasía* –o imaginación– como la facultad que posibilita comprender lo que los hombres hicieron en el mundo en que se encontraron, lo que exigieron de él, cuáles fueron las necesidades sentidas, las metas, los ideales”.¹⁶ Para O'Gorman el hombre es un ser capaz de imaginar una vida nueva o un modo de ser que quiere realizar en el futuro porque la imaginación le permite “concebir la realidad antes de que exista”; por eso “se equipara al acto creador reservado sólo a la divinidad”. El hombre puede comprender el pasado bajo la premisa de que es su pasado. Esto supone cierta “universalidad potencial” de todo lo humano para los seres humanos, cuya raíz no radica en la racionalidad sino en la imaginación.¹⁷ Por esta “suprema facultad”, dice O'Gorman, son imaginativas “las preguntas y las contestaciones esenciales a nuestra vida” y el hecho mismo de “proponernos preguntas y el darnos contestaciones esenciales”.¹⁸ Hay que destacar que en Vico y en O'Gorman la imaginación engloba y motiva la conciencia racional tanto en su carácter “reproductor” (razonador y matemático) como en el “creador” (poético, ético y religioso).

Para O'Gorman las verdades recibidas de la tradición son verdades de otros y, por eso, no hay mayor gusto para el hombre pleno que inventarse las suyas propias “si así lo aconsejan la razón, la necesidad y el gusto”.¹⁹ Aquí inventar es lo contrario de reproducir, de repetir. El pasado del hombre no es el archivo de lo idéntico y lo inmutable sino el lugar de posibilidad de encuentro con lo radicalmente nuevo a partir de las condiciones y las posibilidades reales del “hombre en el pasado”. Contar desde la posibilidad de innovación equivale a narrar desde el sujeto mismo. En cambio la perspectiva de la ciencia aspira a contar desde el objeto, u objetivamente. Relatar la labor inventiva del hombre desde sus posibilidades concretas es lo que hace al sujeto verdadero sujeto ya que al objeto todo le viene de fuera y se vuelve determinación, que es lo que garantiza su identidad y estabilidad. Si el objeto permanece “idéntico a sí mismo”, la objetividad garantiza que “es lo que es” y no otra cosa. En cambio, el sujeto es autotransformación, modificación constante de lo dado e indefinición de lo ya definido, o lo que tiende a indeterminarse, a “inventarse” una y otra vez. Si el sujeto encarna esta exigencia permanente no hay paradigma u ordenamiento que agote lo posible, ni que deter-

¹⁵ O'Gorman, “La historia: Apocalipsis y evangelio”, *op. cit.*, p. 9.

¹⁶ Berlin, *op. cit.*, p. 175.

¹⁷ O'Gorman, “La historia como búsqueda del bienestar”, *Plural*, México, n. 36, septiembre de 1974, p. 10-11.

¹⁸ O'Gorman, “Cinco años de historia en México”, *Revista de la Facultad de Filosofía y Letras*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, t. X, n. 20, octubre-diciembre de 1945, p. 11.

¹⁹ Edmundo O'Gorman, Prólogo de *Navegaciones colombinas*, México, Secretaría de Educación Pública, 1949 (Biblioteca Enciclopédica Popular, 209), p. 9.

mine en una única dirección y de una vez por todas el sentido del relato histórico. Para O'Gorman, las mutaciones de los entes históricos “responden a la variable idea que en el curso de la historia el hombre va teniendo de sí mismo”, puesto que es “una extraña criatura que tiene la capacidad de inventarse diversos estilos de vida, es decir, diversas maneras de ser”. La tarea del historiador es “ofrecer una visión de la índole histórica del género humano y de los esfuerzos y logros individuales para realizarla”, por lo que

debe entender al cuerpo social como una organización al servicio del bienestar personal —no un organismo de programa vital determinado— en un proceso temporal de acontecimientos concretos y singulares, sólo plenamente comprensible si se concede su valor y eficacia a los pensamientos, decisiones y acciones.²⁰

Para Vico no se trata de establecer hechos y dar explicaciones causales, por lo que el historiador debe utilizar un poder imaginativo, como el del artista, para examinar lo que una situación “quería decir para los comprendidos en ella, cuál era su perspectiva de ella, por cuál regla se guiaban”. Aunque no entra en contradicción con métodos sociológicos o estadísticos, e incluso puede servirse de ellos, no pierde de vista que la función principal de la historia es “el recuento de la sucesión y variedad de la experiencia y actividad de los hombres, de su continua autotransformación desde una cultura hacia otra”.²¹

En general, O'Gorman se enmarcó en la tradición de Vico, a quien Isaiah Berlin atribuyó el “divorcio entre las ciencias y las humanidades”:

Lo específico y lo único contra lo repetitivo y lo universal, lo concreto contra lo abstracto, el movimiento perpetuo contra el reposo, lo interno contra lo externo, la calidad contra la cantidad, los principios unidos por una cultura contra los principios intemporales, la lucha mental y la “autotransformación” como condición permanente del hombre contra la deseabilidad de la paz, el orden, la armonía final y la satisfacción de todos los deseos humanos racionales.²²

Para Vico una cultura no podía ser más o menos perfecta que otra porque cada estadio de la civilización genera su propio arte y sus formas de sensibilidad. No puede hablarse de progreso de lo imperfecto a lo perfecto —noción que entraña un criterio absoluto de valor—, sino de un cambio inteligible, donde las etapas no siguen una secuencia mecánica, sino que resultan de las nuevas necesidades creadas por la “satisfacción de las antiguas y por la incesante autocreación

²⁰ O'Gorman, “La historia: Apocalipsis y evangelio”, *op. cit.*, p. 10.

²¹ “El uso de la imaginación informada acerca de, y la perspectiva de, sistemas de valores, concepciones de la vida de sociedades enteras, no se requieren en la matemática o en la física, la geología o la zoología —aunque algunos negarían esto— en historia económica o aún en sociología si esto es concebido y practicado como una ciencia estrictamente natural.” Berlin, *op. cit.*, p. 174.

²² *Ibidem*, p. 175.

y autotransformación de los hombres”, perpetuamente activos.²³ En sus estudios, O’Gorman destacó que la peculiaridad cultural de la modernidad en Europa no consistió en el abandono de una etapa atrasada por otra más adelantada sino en “el abandono de una manera vigente de concebir al hombre, su lugar en el cosmos y su destino en la historia, para ser sustituida por otra manera nunca antes ensayada”.²⁴

Finalmente, hay que señalar que O’Gorman aceptó la máxima de Ranke siempre y cuando no significara otra cosa que “una más cabal atención a los hechos”.²⁵ Nunca negó la existencia material de tales hechos sino que fueran históricos sin haber postulado una previa intencionalidad que los acreditara como tales. En este aspecto coincidió con la historia científica en dos puntos: por una parte, que nada es verdaderamente “real” hasta que no pasa por la operación que lo transmuta de hecho común en hecho histórico, y por la otra, que su concepción sobre el conocimiento teórico del pasado se basa en el supuesto de un tiempo de acumulación y de revelación que es típico de la ciencia. Con esta idea, Bernabé Navarro examinó las propuestas teóricas de O’Gorman y afirmó:

El conocimiento histórico —que sólo puede perseguirse y lograrse en una verdadera ciencia histórica: la historiología— es verdadero y riguroso conocimiento, por más que su evidencia y certeza se apoyen colateralmente en principios explicativos de ciencias afines y superiormente en los principios axiomáticos de las ciencias filosóficas; específicamente, sin embargo, se apoya en sí misma por cuanto subsume, *informa* y transforma aquellos principios bajo el enfoque esencial de su objeto y de su método. Pero la explicación última de su autenticidad y autonomía como ciencia lo encuentra en el constitutivo de lo histórico en cuanto histórico: la *facticidad* única e irreversible del acto humano, contingente y finito, libre y abierto a todo lo posible.²⁶

Por último, conviene destacar que el interés actual por las obras de Vico y de O’Gorman corresponde a necesidades propias del contexto histórico. Después de todo, como señaló Berlin, Vico fue un autor cuya originalidad tal vez nadie comprendió (y quizá pocos han comprendido) totalmente.²⁷ En el caso de O’Gorman hay coincidencias, recurrencias o puntos de contacto dentro de una tradición que se define por su defensa de la peculiaridad y la validez de la historia como conocimiento significativo frente al conocimiento técnico

²³ *Ibidem*, p. 174.

²⁴ Edmundo O’Gorman, *México: el trauma de su historia*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1977, p. 114.

²⁵ Edmundo O’Gorman, “Fantasmas de la narrativa historiográfica”, *Nexos*, n. 175, julio de 1992, p. 50.

²⁶ Bernabé Navarro, “Denominación y constitución del saber histórico”, en J. Antonio Ortega y Medina (ed.), *Conciencia y autenticidad históricas. Estudios en homenaje a Edmundo O’Gorman*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1968, p. 255.

²⁷ Berlin, *op. cit.*, p. 182.

científico. Y a lo importante: el intento común de traer al hombre a su naturaleza, “la naturaleza de las cosas humanas civiles”. A través de Ortega y de otros pensadores de la tradición occidental, O’Gorman retoma el legado de Vico, su renuncia a la física y la metafísica como conocimientos decisivos para el hombre, y su propuesta de una ciencia humana dispuesta a “partir del hombre para comprender al hombre”.²⁸

A modo de conclusión

Desde principios de los cuarenta la trayectoria intelectual de O’Gorman coincide con el inicio en México del interés académico y editorial en la obra de Vico (interés que se prolonga más allá del siglo XX). Al principio, para O’Gorman, Vico formó parte de una tradición que llevó al historicismo. En éste ambos comparten preocupaciones sobre el sentido particular y universal (o bien de la unidad y la pluralidad) de la historia y el planteamiento del problema filosófico del conocimiento del hombre como problema histórico. Es curioso que O’Gorman no escribiera sobre Vico porque comparte con éste reflexiones sobre la naturaleza del conocimiento histórico, la función activa de la imaginación, el ideal de una historia significativa (y no sólo descriptiva), la autonomía o peculiaridad del conocimiento histórico frente a las perspectivas científicas, e incluso en las aproximaciones metodológicas para captar el cambio y la diversidad cultural. No es raro que, en sus respectivos contextos, se siga discutiendo el valor de los conceptos de Vico y de O’Gorman para analizar las diferentes épocas y sus expresiones culturales. Asimismo, ambos contribuyeron de un modo decisivo a plantear un problema fundamental de nuestro tiempo: cómo fundar una nueva “universalidad racional” (pero ya no sólo en el orden técnico-instrumental) que otorgue sentido global a la producción historiográfica actual (para contrarrestar la dispersión teórica y metodológica) y que, además, recupere el sentido crítico y comunitario, que ha sido la función social de la historia.

Para O’Gorman, Vico es parte de una tradición que gradualmente descubre y reivindica más allá del historicismo inicial. Si la cultura es un espacio de diálogo y de continuidad en el tiempo, la vigencia de preocupaciones y objetivos son lo que le da sentido a una tradición. Por eso, la reivindicación de Vico coincide con el interés que en los últimos años ha despertado la obra de O’Gorman desde enfoques novedosos. El conocimiento histórico cambia según cambian las necesidades vitales del hombre. En las últimas décadas el interés por Vico se dirige a su comprensión de la diversidad cultural desde las facultades cognoscitivas del hombre, con la convicción de que las actividades de la imaginación no son “protoformas” de lo racional sino la base para una “comprensión realmente

²⁸ Citado en Cacciatore, “Ortega e Vico”, *op. cit.*, p. 246.

evolutiva del género humano”.²⁹ Los historiadores que exploran la literatura, el lenguaje, los mitos y los ritos, etcétera, y proclaman el valor significativo de estos campos, no escapan a la influencia de Vico. Los aportes de éste se hacen menos claros en los últimos años porque ninguna época se hace una idea completa de sí misma en su momento. Por eso es difícil evaluar hasta qué punto el rescate de las obras de Vico y de O’Gorman han constituido respuestas efectivas en la práctica para las necesidades más apremiantes de nuestro propio tiempo.

De lo que no hay duda es que la vigencia de ambos se liga con problemas insoslayables de la cultura y el mundo moderno. Para O’Gorman, la historia del hombre es la historia de todas sus mutaciones, de las encarnaciones sucesivas de su imaginación. La crisis actual en Occidente es una crisis de la imaginación, que ha colocado a las sociedades actuales en una situación de desorientación e inercia. En Occidente, apuntó O’Gorman, “desde que se instauró el sufragio universal, la democracia juega a la baja”.³⁰ El depósito del voto en las urnas del esquema típico de la sociedad liberal contemporánea, delega y al mismo tiempo suprime la responsabilidad política individual. Si la democracia, el producto de la decantación de nuestra cultura, se reduce a simple procedimiento, la pregunta primordial de nuestro tiempo es: “¿tenemos capacidad imaginativa sin límites o tiene un límite?”³¹ En este sentido, “la misión primordial del conocimiento histórico es la de un vigía que alerta la conciencia de lo que somos en trance permanente de lo que podemos ser”.³² Toda situación es obra del hombre y como tal no puede contener más que lo que ya está en él, latente como posibilidad. Si sólo en lo que “hay” se inscribe y justifica lo que “debe” haber, la nueva búsqueda debe partir de la metamorfosis histórica del programa legalmente razonado de la buena vida, el programa occidental, o mejor: euroamericano, que ha posibilitado la concepción del hombre como ente “siempre en trance de hacerse”. Con todo, la búsqueda también es apenas de una posibilidad que cuenta sólo como eso: una posibilidad que no es la única ni puede cumplirse por inercia. □

²⁹ G. Tagliacozzo, *Vico y el pensamiento contemporáneo*, tr. de Aurora Díez-Canedo y Stella Mastrángelo, México, Fondo de Cultura Económica, 1987 (Sección Obras de Filosofía), p. 11.

³⁰ O’Gorman, *Aforismos*, *op. cit.*, p. 96.

³¹ Desde un contexto distinto, Castoriadis respondió: “La filosofía nos enseña que sería absurdo creer que nunca hubiéramos agotado lo pensable, lo factible, lo formable, como sería absurdo también poner límites al poder de formación que siempre yace en la imaginación psíquica y el imaginario colectivo social-histórico. Pero no nos impide comprobar que la humanidad ha atravesado periodos de decaimiento y de letargia, tanto más insidiosos cuanto que se han acompañado por lo que se conoce convencionalmente como *bienestar material*”. “La cultura en una sociedad democrática”, *Vuelta*, v. 19, n. 218, enero de 1995, p. 12.

³² O’Gorman, *México: el trauma de su historia*, *op. cit.*, p. 116.